
Qué fue y qué nos dejó el 68

Carmen Galindo

Imágenes del 68

Tal vez si hubiera que evocar en una sola imagen al movimiento estudiantil popular de 1968, habría que elegir la de los preparatorianos y alumnos de las *vocas* enfrentando a los granaderos a naranjazos en las calles del centro de la ciudad. Sin embargo, con igual derecho, aunque ya convertida en imagen acústica, podría preferirse como símbolo del movimiento, el llamado a las masas que se expresó en la consigna, coreada por miles de gargantas, que reclamaba: “Unete, pueblo”.

Para otros, sin duda, lo más representativo, lo fundamental, fue el diálogo público. Diálogo que implicaba menos la exigencia de hablar con el presidente, que la promesa de que esos líderes, que se querían anónimos, no se venderían. Prueba de la pureza de los dirigentes, el diálogo público debe entenderse como un *no* a la corrupción y un *no* a la cooptación. Y en la mayoría de los casos, al contrario de lo que se diga, así fue. Por eso, al cumplirse el vigésimo aniversario fue posible gritar en las manifestaciones: “Veinte años han pasado/ y no hemos claudicado”.

No sin razón, algunos dirán que la instancia que expresaba más nítidamente al movimiento del 68 era el Consejo Nacional de Huelga, órgano dirigente que, como reflejo de sus bases, era ostentadamente masivo. Pero a lo mejor fueron más significativas las brigadas que se adjudicaron la misión de que ningún simpatizante del movimiento se alejara sin una tarea concreta que cumplir, sirviendo así, como eficientes aglutinadores, como auténticos motores organizativos. Ante el silencio de la prensa que los manifestantes denunciaban y definían con la consigna repetida de “prensa vendida”, las brigadas eran noticieros

ambulantes, juglares del siglo XX que repartían miles de volantes por la ciudad difundiendo los análisis y las acciones del CNH. Grupos de muchachos que se subían a los camiones para *propagandizar* las consignas o detenían el tráfico en los distribuidores (entonces llamados glorietas) en los originales y alucinantes “mítines relámpago”, mítines de minutos, apresurados siempre por la represión que les pisaba los talones.

No faltará quien aduzca que los insultos al presidente Díaz Ordaz —“Hocicón, sal al balcón”— o los juegos infantiles en el Zócalo —“Amo, ató, matarilerileró”— son lo más rescatable. Ambas expresiones, creo, transgreden, como ninguna otra acción, las normas, pues tanto el Zócalo, sede del poder, como la figura presidencial, fuente de todo poder, habían sido hasta entonces sagrados.

Sin ánimo de escándalo ni de tragedia, con impasible objetividad, la ciudad patrullada incesantemente por el ejército, el *bazukazo* a la Preparatoria 1, las escuelas tomadas, el Zócalo custodiado o el 2 de octubre en Tlatelolco podrían ser las imágenes definitivas del movimiento. Sin embargo, más que la verbena popular del 15 de septiembre en CU, más que la unión de Poli y Universidad, antes enfrentados artificialmente por pugnas deportivas, más que los muchachos entonando el Himno Nacional al ser tomada la Ciudad Universitaria, la lucha callejera evocada al principio de estas líneas y algo que no ha sido todavía recordado, las manifestaciones multitudinarias, la del Rector Barros Sierra o la del Silencio, de 100 mil o 400 mil personas, recorriendo las calles en inflexible y ordenada demanda de democracia, son las que le dieron el carácter épico al 68. Porque, y eso nadie puede escatimárselo por modestia, ya que el movimiento no fue de uno, sino de todos, el 68 fue un movimiento épico.

La permanente zozobra

Del otro lado, no en el arrojo y serenidad inflexible de las masas, el movimiento del 68 comenzó y terminó con una represión: la incursión de granaderos en la preparatoria particular Isaac Ochoterena, y contra la manifestación del 26 de julio, fue el primer acto, y la trágica noche de Tlatelolco, fue el último. Se vivía en un clima de terror, de permanente zozobra. Se conjuraba el miedo y se llamaba a la esperanza ofreciendo a los soldados flores y, por supuesto, paz y amor. No es exagerado afirmar que en esos días no se sabía a ciencia cierta si era un

delito llevar el pelo largo, cargar dos o tres libros o haber nacido después de 1948. La falsa existencia de una conjura internacional, con la que se intentó justificar la represión, volvía a todos culpables.

A la luz de los años, sabemos que existieron diferencias (mínimas) en el bloque dominante y que las hubo (muchas) entre los estudiantes, pero en esos intensos días de historia comprimida —apenas del 26 de julio al 2 de octubre— parecían dos bloques, dos trenes de alta velocidad cuya colisión era inevitable. Tal vez, muchos pensamos hoy que de un lado debieron ofrecerse alternativas y del otro poner el freno del acelerador, que no es estrategia de victoria acorralar al enemigo. Pero, lo que es indudable, es que tiene menos responsabilidad la víctima que el verdugo. Si hubo un radicalismo que le confirió, al mismo tiempo, grandeza e inflexibilidad al movimiento, también es cierto que del otro lado se afirmó: “Hasta donde haya que llegar llegaremos”. Y llegaron hasta Tlatelolco.

Una vasta revolución cultural

Con apresuramiento se juzga al 68 como una página sombría y de hecho lo fue si en el recuerdo prevalece Tlatelolco, pero fue también un masivo despertar de las conciencias, el principio de cambios que todavía estamos viviendo. El 68 vuelca la educación superior a las clases populares, alienta en la insurgencia sindical y en las tomas de tierra del período echeverrista, duplica el presupuesto dedicado a la educación superior, abre a los universitarios los medios de difusión, provoca la creación y da orientación a los CCH's, tiene como consecuencia la Reforma Política y, sin duda, permite el surgimiento del CEU y del neocardenismo.

Por lo general y con toda razón, la protesta del 68 se considera como un movimiento político, pero creo que fue, al mismo tiempo, y eso es lo que quisiera destacar, una vasta revolución cultural.

Los artistas que acompañaron al 68

Innumerables son los libros que se refieren al 68 y son más todavía los que surgieron por su estímulo, sin embargo, baste mencionar los más memorables porque se publicaron al calor de los hechos, en los amar-

gos días que siguieron a la represión. Las crónicas-ensayísticas de Carlos Monsiváis que en *Días de guardar* se dedicaron a explicar y revivir con escenas y personajes arquetípicos el clima del 68; la novela testimonial de Luis González de Alba titulada *Los días y los años* que nos acerca a la vida diaria de los dirigentes y, por supuesto, *La noche de Tlatelolco*, de Elena Poniatowska, que reúne las voces del 68 en un impresionante coral que intenta registrar todas las notas, alegres y trágicas, del cataclismo social y la represión.

(Entre paréntesis debe recordarse la crónica de Carlos Fuentes *París, la revolución de mayo*, pues le cupo el extraño destino de servir, en las acusaciones penales contra los líderes del 68, como supuesta prueba de cargo y plan maestro del movimiento estudiantil mexicano, lo que convirtió a Fuentes en imprevisto autor intelectual de la estrategia.) No puede olvidarse, por más que sus palabras posteriores tiendan a borrarlo, el gesto de Octavio Paz de haber renunciado, en señal de protesta, a su cargo de embajador de México en la India. Memorables, los poemas de Juan Bañuelos, Rosario Castellanos, Thelma Nava, Yamilé Paz Paredes, Leopoldo Ayala...

La gráfica del 68 convirtió a los artistas en difusores del movimiento y en su audaz imaginación el recurso del subtexto, que suele ser guiño de ojo entre eruditos, se transformó en feroz burla política cuando el casco de granadero sugería a contraluz la cara de un gorila o el inofensivo sello de "hecho en México" servía para la denuncia. Irrecuperables son, en cambio, las improvisaciones teatrales para entretener las noches de la huelga o las parodias musicales ("ni tú ni yo seremos granaderos", cantaban Los Nakos) en las que, de nueva cuenta, el subtexto era la contraseña y la denuncia.

La revolución ocurrió no en el arte, sino en la vida

Sin restar importancia a estas expresiones que constituyen en sí mismas un aspecto fundamental, la revolución cultural ocurre donde siempre sucede: no en el arte, sino en la vida. No sólo la educación superior se transformó con el cambio de la relación estudiante-profesor al establecer, de una vez y hasta nuevo aviso, el debate en los salones de clase relegando al pasado la clase-conferencia, la magisterial, la que había sido el monólogo característico en las universidades. Los apuntes tomados al vuelo y con la conciencia del *magister dixit*, pasaron a

mejor vida ante la lectura directa de las fuentes que acabaría por prevalecer, en años posteriores, en los CCH's. No sólo, y esto es fundamental, se dio un golpe al colonialismo cultural, sino que ello permitió que los ojos de estudiantes y maestros pasaran de estar hipnotizados por las metrópolis culturales —Nueva York, Londres o París— para interesarse, quizás para toda la vida, en un nuevo tema: México.

No sólo todo lo anterior, también se despertó una rebelión antiautoritaria que muchos confundieron con la brecha generacional, pero que iba más allá, porque tenía, además, un contenido de clase: la convicción de luchar lado a lado de los desposeídos. Las relaciones sexuales entre los jóvenes —no hay que olvidar que esos años son los de la invención de la píldora anticonceptiva— cambian de manera radical y esto se entrelaza con la abolición del concepto de malas palabras y la aparición de nuevas formas de comportamiento y de valores sociales que nos llevan directamente ya no a la esfera de la producción intelectual, sino a donde suceden las auténticas revoluciones culturales, a la esfera de las costumbres. El movimiento feminista se expande, se radicaliza y, sobre todo, toca tierra. El *hippismo*, con su mariguana y su carga utópica que trata de sacarle la vuelta al sistema capitalista haciéndose a un lado, lleva consigo los cabellos largos que desembocarían en la moda unisex y de ahí a la salida del closet de los grupos gay. La ropa andrajosa, que imponen tanto el *hippismo* como el compromiso revolucionario, es, al igual que los trajes indígenas, un modo de identificarse con los explotados o con las minorías, y un cambio cultural en la vestimenta.

Tal vez, el mayor logro del 68 fue que se dio el tiro de gracia a la despolitización que, desde el sexenio de Avila Camacho, se había adueñado del país. A la politización masiva obedece que de ahí en adelante hubo cuadros (y a veces hasta bases) para los partidos políticos que se formarían y aun para la guerrilla de los años setenta.

Una lucha democrática contra el estado

A mi entender, el movimiento estudiantil popular de 1968 fue en igual medida una revolución cultural y una lucha democrática. Las demandas del pliego petitorio, que tantos analistas han disminuido como incapaces de explicar la magnitud del movimiento, muestran su radicalidad al plantear como interlocutor único y como objeto de cues-

tionamiento al estado: libertad a los presos políticos, desaparición del delito de disolución social, destitución del jefe de la policía y desaparición del cuerpo de granaderos. Por sus demandas, aunque lo fuera por sus contingentes, no fue en esencia un movimiento estudiantil, fue una lucha democrática contra el estado y su resultado una auténtica revolución cultural.

Fue un movimiento que, como todos los que han conmocionado al país, tenía un arraigado apego a la legalidad. Nadie tenía, como se sostuvo para justificar la represión, intenciones de perturbar los juegos olímpicos, sin embargo, algo había de verdad o más bien de deseo en que no queríamos olimpiadas, queríamos revolución. Ciertamente el movimiento no iba a derrocar al gobierno ni lo pretendió, pero se había convertido, o se sentía o se imaginaba como una vanguardia popular. Tuvo, con sus masas desfilando, con gritos airados o en silencio, un indudable carácter épico. Baste recordar estas palabras que acompañaron a la manifestación del Silencio:

Esta marcha del silencio es la respuesta a la injusticia. Pueden desatar la más brutal de las represiones, pero ya no nos doblegarán, no nos pondrán de rodillas. Hemos comenzado la tarea de hacer un México justo, porque la libertad la estamos ganando todos los días. Esta página es limpia y clara. Estamos demostrando que hay millones dispuestos a establecer pláticas públicas, porque al pueblo no se le engaña más.

Mostró el movimiento del 68 el verdadero rostro del estado: la cabeza de la Gorgona, la atroz cara de la muerte. Para muchos fue un episodio, para otros la promesa y el inicio de un compromiso para toda la vida. No fue, pero pareció poner la revolución al alcance de la mano.